

JOKER

SIGNO DE NUESTRO TIEMPO

Por Pablo J. Davoli (*).

I.- Que el *Joker* (o, en castellano, *Guasón*) haya cobrado tanto protagonismo en nuestra época, sólo puede sorprender inicialmente. Basta con ponérselo a pensar un poco para advertir con nitidez el por qué de tan singular relevancia... Desde luego, análogas consideraciones pueden hacerse en torno a la ostensible agudización que, con el correr de los años, este extraño personaje ha experimentado en sus características de personalidad fundamentales. Ciertamente, a lo largo del tiempo, el *Joker* ha incrementado exponencialmente su patetismo, su vileza y, sobre todo, su maldad...

Vamos por partes...

II.- Una de las curiosidades que, desde su nacimiento, presenta la figura en cuestión, es que reúne en sí al payaso y al delincuente. Inicialmente, el *Joker* fue presentado como una suerte de truhan, en ambos sentidos del vocablo; como un ladrón vulgar y estafalario. Pero, como es notorio, el personaje fue recibiendo tonos cada vez más sombríos, que lo convirtieron -primero- en un temible criminal (asesino por dinero) y -finalmente- en un perverso de ribetes diabólicos: el brutal asesino serial que nos muestra la película homónima, que recientemente se le ha dedicado; pero, más aún, el potencial genocida, movido por un voraz apetito de destrucción, que se nos *pinta* en *The Dark Knight* (aquí aparece explícitamente una de las características típicas del perverso: el odio frío y gratuito; el odio por el odio mismo).

En esta última película, el demonismo del *Joker* se manifiesta de manera elocuente en la que termina revelándose como su pretensión principal. En efecto, en este último peldaño del proceso de corrupción interior por el cual se ha deslizado, el personaje, más que matar a otros, busca corromperlos, sabedor -al menos, intuitivamente- de que esto último -en el fondo- es peor que aquello otro... Consecuentemente, en este estadio cúlmene, a quienes más odia es a aquellos que hacen el bien (¡máxime si llegaren a practicarlo con él!).

Otra característica típica de la instancia final del aludido proceso de corrompimiento, es el odio (solapado o explícito) hacia los niños. Hostilidad, ésta,

que, en el film *Joker* se encuentra preanunciada en su breve encuentro con el -entonces- niño Bruce Wayne...



El *Guasón* interpretado por César Romero, en los años '60.

Con la profundización de su maldad, el payaso fue perdiendo su gracia originaria (muy pobre, por cierto) hasta quedar completamente vaciado de ella. En rigor de verdad, desde un principio, el *clown* exhibió una exótica ridiculez. Extravagancia, ésta, que -siendo tan marcada y chocante- ya insinuaba una empinada inclinación al mal... Sin embargo, a medida que el personaje se fue corrompiendo, la imagen caricaturesca que aquél ofrecía fue adquiriendo notas de horrorosa monstruosidad. El declive moral y emocional fue acompañado por la decadencia estética: los rasgos faciales del *Guasón*, que ya primigeniamente eran grotescos, han aparecido -en los últimos tiempos- completamente deformados, tornándose horripilantes... Sus ojeras se han ido expandiendo sobre su rostro... Su estructura corporal -desde siempre, escueta- se ha hecho cada vez más lastimosa, hasta llegar a la figura desgarrada que nos exhibe el último film...



El *Guasón* interpretado por Jack Nicholson (1989).

En el mismo sentido, cabe añadir que, con el correr de los años, las muecas del *Joker* fueron privando a su semblante de toda dignidad; hasta que no dejaron rastro alguno de la imagen Divina que se fragua en el rostro humano... Hablamos de contorsiones que rompen el equilibrio y la armonía de la cara de un hombre; espantosa expresión de la sinrazón y arbitrariedad propia del mal...



El Guasón en los últimos años:

interpretado por J. Phoenix (2019), H. Ledger (2008) y J. Leto (2016).

Esta imagen repugnante es expresión de una *psiqué* completamente contaminada, en la cual ya no puede habitar bien alguno ni amor de ninguna especie... Es la imagen de un hombre sin luz; el reflejo de un hombre consumido por el odio... Por eso mismo, el personaje es eminentemente destructivo (y, por lo tanto, autodestructivo también)... Tanto que nos recuerda al *Oulanem* del joven **Karl Marx**, en donde se puede leer:

Si hay alguna cosa capaz de destruir

Allí me arrojaré a cuerpo descubierto

Con riesgo de arrastrar el mundo a la ruina.

Sí, este mundo que hace de cortina entre mí y el abismo

Yo lo romperé en mil pedazos a fuerza de maldiciones.

Y al *Orgullo humano*, del mismo autor, en donde puede leerse:

Con desdén arrojaré mi guante

En la misma cara del mundo,

Y veré el colapso de este pigmeo gigante

Cuya caída no ahogará mi ardor.

Entonces vagaré como un dios victorioso

Entre las ruinas del mundo

Y, dando a mis palabras fuerza activa,

Me sentiré igual al Creador.

¡Vaya! ¡Cuánto odio nihilista destilan estas estrofas! Las mismas resultan muy reveladoras al momento de ponderar las inocultables veleidades de *revolucionario* que el *Guasón* parece haber adquirido en varias de sus apariciones, de los '80 en adelante...

El complejo proceso de corrupción que aquí comentamos, está bien planteado por la seguidilla de diseñadores que el *Joker* ha tenido: como bien advirtieran tempranamente los grandes filósofos clásicos, el mal -una vez instalado en nosotros- nos desordena y desbarata, erosionando nuestra humanidad e impidiéndonos ser felices. Por eso, para **Sócrates**, era mucho peor cometer la injusticia que padecerla. Y por la misma razón, para **Platón**, el tirano, en el fondo, era el más infeliz de todos los hombres. En consonancia con todo ello, puede afirmarse -ante todo, en un sentido simbólico- que el mal nos desfigura y afea.

III.- La chocante ridiculez del *Guasón*, que -como hemos visto- ha devenido en repugnante monstruosidad, es -precisamente- expresión elocuente del *despliegue de maldad insolente* que nuestro **Enrique Santos Discépolo**, en su célebre tango *Cambalache*, atribuyó al siglo XX (y que seguramente atribuiría al corriente siglo XXI, puesto que -al menos, en este aspecto- poco han cambiado las cosas)... Con su apariencia extravagante y obscena, el *Joker* exhibe descaradamente la maldad que lo embarga y trastorna, tal vez, como amenaza explícita para todos aquellos que le rodean...

Es que el mal, sin duda alguna, nos amenaza permanentemente... No sólo porque podemos ser blanco de la malicia ajena; sino también porque ninguno de nosotros está exento de *caer en la tentación*, convirtiéndose en uno más de los innumerables agentes que la maldad ha logrado reunir... Dado que, en nuestra época, el mal campea a sus anchas, reclamando para sí los fueros de la Verdad, el Bien y la Belleza, el fiero rostro de ese gran impostor que es el *Joker*, con su sonrisa cadavérica y su risa demencial, puede ser interpretado como una suerte de *espejo* de las sociedades modernas y -por extensión- posmodernas...

Esos sórdidos aglomeramientos urbanos -como la ficticia *Gotham City*- construidos y habitados por hombres *insectificados*, carentes de anclajes espirituales, que han perdido de vista el Norte trascendente, que han extraviado la virtud y cuya *brújula* existencial ha enloquecido... Sociedades crepusculares signadas por la *muerte de Dios*, perpetrada por tales hombres, conforme anunciara **Friedrich Nietzsche** en *La gaya ciencia*... Sociedades en penumbras por el *ocultamiento del rostro de Dios*, en las cuales se encuentra interrumpido *el contacto entre el Cielo y la tierra*, al decir

de **Martin Buber** en su obra *En la encrucijada*. Trágico fenómeno, éste, del que podemos encontrar antiguas advertencias en el Salmo 89, 47 de la Biblia; pero también en **Platón** (*Gorgias*) y en **Hermes Trismegisto** (*Tres Tratados*)... (¿Será por eso que el joven **Marx** formuló el título *Oulanem*, nombre, éste, que -según **R. Wurmbrandt** y **A. Boixadós**- es anagrama -desbaratador y posiblemente brujeril- de *Emmanuel*, o sea, de: *Dios-con-nosotros?*).

Se trata de sociedades narcotizadas por una hipnotizante parafernalia de sofisticadas diversiones, a través de la cual se insinúan hombres tomados por una angustia inmensa. Angustia, ésta, que contrasta con la alegría de los hombres del pasado, que se sabían *hijos de los dioses* y que -según explicara **Ernesto Sábato** en *La Resistencia*- por ello mismo no podían ser reducidos a la condición de engranajes... Se trata de sociedades crueles, en las que, detrás de sus altisonantes declamaciones *pro homine*, se promueve un gélido egoísmo y la deshumanización más oprobiosa... De sociedades hipócritas y mendaces, cuyos apologeticos discursos sobre la libertad humana apenas ocultan las cadenas -sutiles pero efectivas- que aprisionan a sus multitudes, hasta en los aspectos más íntimos de nuestra vida... De sociedades berretas, saturadas de bazofia cultural (entre muchas otras estulticias y puerilidades: predominio del *show business*, tiranía del *fashion system*, *industria del escándalo*, prensa amarillista, *paparazzi*, culto de las *celebrities*, *televisión-basura*, *música enlatada*, pseudointelectuales de diverso *pelaje*, *comida-chatarra*...) destinada a la masificación de los hombres y el embrutecimiento y encanallamiento de las masas... En suma, se trata de sociedades farsantes, incapaces ya de engañar a nadie... Como los chillones atuendos del *Guasón*... Como el repulsivo maquillaje en su rostro... Como sus muecas harto grotescas... Rasgos, todos estos, de un payaso que, lejos de ocultar al criminal pervertido, lo delatan a los gritos...

IV.- Si la última película de *Batman (The Dark Knight)* nos muestra el grado de corrupción interior en el que, finalmente, ha caído el personaje, el film -más reciente- que lo tiene por protagonista principal (y ya sin súper-héroe que lo contrapesa) nos revela las causas originarias del problema. Se trata, ni más ni menos, que del *resentimiento*, ese tóxico que envenena almas y arruina vidas (propias y ajenas).

Según ha relatado **Charles Dickens** en su libreta de apuntes, en un día espléndido, iluminado por un sol radiante, en la maravillosa *Plaza de España* de Roma, un anciano se acercó a una apacible florista... ¡Y la mató a puñaladas! Interrogado al respecto por el juez que intervino en la causa del nefando crimen, el asesino puso de manifiesto que había actuado de manera consciente y voluntaria; respondiendo que no conocía a su víctima, que tampoco le importaba de quién se trataba y que la había matado simplemente por rabia: la rabia que le había causado ver tanta felicidad junta... Según el psicólogo **Oliver Brachfeld**, estamos ante un caso de resentimiento llevado al extremo del crimen gratuito...

Hace, aproximadamente, un par de años, en las inmediaciones de un hospital de la ciudad de Rosario, un adolescente se aproximó a un auto estacionado, asaltando a su conductor... El hombre no ofreció resistencia alguna. Antes bien, sumiso, se limitó a entregarle sus pertenencias al ladrón... Este, al momento de huir, se *despidió* descerrajando un tiro sobre la cabeza del niño de cuatro años que acompañaba al asaltado... Era su hijo... Murió en el acto... Resulta hartamente difícil calificar el criminal episodio, expresando la airadísima indignación que el mismo merece, sin caer en formulaciones superlativamente soeces, que omitimos reproducir para evitar incomodar a nuestros lectores más pudorosos y recatados. Más allá de ello, se nos ocurre que, muy probablemente, este caso amerite la misma explicación que **Brachfeld** dio al del asesinato de la florista...

Resulta -cuanto menos- llamativo que **Jesucristo** haya sido asesinado bajo la égida de uno de los resentidos más notorios de la historia: el emperador **Tiberio**. Muy probablemente, la ignominiosa condena a muerte dictada por el sanedrín no habría podido ser ejecutada si, a la cabeza del Imperio romano, hubiera habido un hombre menos cruel. **Tiberio** fue un tipo despiadado, cuyo interior estaba cargado de odio. Como bien recordara **Castellani**, no perdonó ni a su propia madre, a quien mandó a encarcelar y con quien, hasta donde sabemos, tenía razones para estar dolido (similares apreciaciones pueden hacerse en relación al *Guasón*, quien -de acuerdo con la película *Joker*- habría sido abandonado por su madre biológica y *asfixiado* por su madre adoptiva; mujer, esta última, a quien el personaje habría terminado asfixiando con una almohada; a ello debe añadirse otra semejanza: tanto **Tiberio** como el *Guasón* son hombres *sin padre*). En su lecho de muerte, este indigno emperador declaró: *no me acuerdo de nada de lo que he sido*, para -finalmente- exclamar: *después de mí, que el fuego haga desaparecer al mundo...* ¡Otro sujeto enojado con la vida y enemistado con todos!

V.- El resentimiento también constituye un signo de estos tiempos. Fueron varios y muy distintos los pensadores lúcidos que supieron detectar la hiper-actividad de este peligroso corrosivo psíquico y espiritual en nuestra época. Entre ellos, se destacan: los alemanes **Friedrich Nietzsche** y **Max Scheler**; los argentinos **Leopoldo Lugones** y **Leonardo Castellani**; el rumano-argentino **Stan M. Popescu**; etc.

Ahora bien, dado que la palabra *resentimiento* suele utilizarse con alguna *flexibilidad*, cabe aquí preguntarse: ¿qué es -exactamente- el resentimiento? Pues bien, se trata, básicamente, de una suerte de encono que se torna insuperable y expansivo... Un enojo (muchas veces, entendible y hasta legítimo, en su origen) que no hemos podido *tramitar* correctamente... Y que, por lo tanto, lejos de irse en cierto tiempo, se enquistaba en el alma y hace metástasis... No en vano, el citado **Castellani** solía referirse al mismo como *ira ulcerada* y también como *herida enconada y después gangrenosa*, aclarando que la misma, a veces, se presenta mezclada con envidia e, incluso, con soberbia...

En efecto, dicho encono puede obedecer a la propia soberbia, a la propia envidia o bien, a otro factor psíquico o espiritual, el cual, por alguna razón, nos complica al momento de empatizar con quien hemos entrado en disputa y otorgar nuestro perdón a quién nos ha hecho un mal... Cuando de envidia se trata, el resentido suele asumir los legítimos logros de un tercero, como una suerte de agravio personal... A los resentidos de este tipo les humilla la felicidad ajena... Por esta pendiente, se puede llegar al punto de sentirse injuriado por la bonhomía del prójimo, ofendiéndose y resintiéndose hasta por el favor recibido del mismo...

En muchos casos, detrás de todo esto subyace una profunda vulnerabilidad psíquica y espiritual (es que, acaso, la soberbia, en muchos casos, ¿no constituye una suerte de coraza detrás de la cual se esconde nuestra propia debilidad?). De todos modos, el resentimiento conduce a una suerte de *victimismo* dogmático y agresivo, que convierte a la (presunta) víctima en victimario, con la pretensión de no perder su aquella condición; antes bien, como si aquella condición (la de víctima) avalara comportarse conforme a la segunda (la de victimario).

Es, precisamente, cuando esta actitud se exagera y multiplica, que en las sociedades comienza a difundirse la locura de invocar al Derecho para perpetrar una injusticia; la infamia de esgrimir un pretendido derecho a actuar el mal... Así, verbigracia, apelando a los pretextos más inverosímiles (e, incluso, a veces, sin siquiera tomarse la molestia de formularlos) se reclama el *derecho* a sesgar la vida de los más inocentes... La mentira reclamando los fueros de la Verdad... Una auténtica aberración ética...

Según nos lo descubre su última película, el *Joker* es, básicamente, un resentido. Alguien extremadamente vulnerable que, habiendo sido injusta y cruelmente atropellado por varios de sus semejantes, sin que nadie le protegiera, en vez de sobreponerse ante tamaño infortunio, acumula broncas, deslizándose por las vertiginosas pendientes del rencor... Para quedar envuelto en un odio negro que no duda en poner en acto a través de crímenes nefandos...

Las sociedades modernas y -por extensión- posmodernas son campo fértil para la proliferación de este terrible mal... De hecho, son sociedades nacidas del resentimiento: del resentimiento generalizado de la burguesía frente a la nobleza... Un resentimiento que condujo a las *orgías de sangre* que protagonizó Francia en aquellos terribles años, que -no en vano- fueron los del **Marqués de Sade**... Tomando en cuenta este origen, podemos decir que las sociedades de este tipo son sociedades *mal paridas*... Y no es casual (¡nada lo es!) que esos mismos burgueses, lejos de evitar caer en lo mismo que tanto les había agraviado, no hayan dudado en abusar de su poder, convirtiéndose en los explotadores de los sectores sociales menos aventajados y, de este modo, reduciéndolos a la condición de *proletarios*... Como tampoco es casual (insisto: ¡nada lo es!) que estos últimos -en muchos casos- se convirtieran en revolucionarios sedientos de sangre... En verdugos masivos e implacables, que no dudaron en sesgar la vida de millones de inocentes, incluyendo la de otros *proletarios* e, incluso, la de niños, en nombre de la tan cacareada *revolución* preconizada por el ya citado **Marx** y su amigo **Friedrich**

Engels, quienes prometían *científicamente* un extraño y dudoso *paraíso terrenal* al final de la historia...

Desde luego, tampoco es casual que, hoy, mil resentimientos, de todo tipo y color, revestidos de recicladas ideologías *slim-fit* o mal disfrazados de reivindicaciones principistas, atraviesen nuestras sociedades, desquiciándolas, provocando incendios por todos sus rincones y amenazando con disolverlas (este horrible fenómeno también puede advertirse en la película *Joker*)...

Detrás de la máscara del payaso -con mayor o menor disimulo, según los casos- se encuentra el criminal -potencial o ya actual- movido por el odio acumulado por su resentimiento... Un resentimiento que puede provenir del padecimiento de injusticias reales o imaginarias, pero que, en todo caso, han sido mal procesadas...

¡Atención!: dentro de tales injusticias, también hay que incluir a las omisivas: es decir, aquellas en las que incurren todos aquellos que, frente a una injusticia perpetrada a otro por un tercero, pudiendo hacer algo para evitarla, *se lavan las manos*... Queremos destacarlo expresamente: porque -a nuestro entender- esa denostable pasividad -sea por cobardía, egoísmo o indiferencia- es uno de los factores responsables de que los males que hoy nos aquejan hayan podido avanzar tanto...

Este resentimiento, en lugar de aportar a la correspondiente reparación, se convertirá en causa de nuevas e, incluso, mayores injusticias... A la luz de ello, se advierte con claridad que el resentimiento puede dar lugar a una peligrosísima *rueda de odio* en constante aceleración... Nefando ciclo, ésta, cuya conformación se produce con las sucesivas injusticias que los hombres atrapados en el mismo se perpetran recíprocamente. Un proceso *circular* que -por su propia dinámica- tiende a arremolinarse; en cuya vorágine, quienes han sido arrebatados por el mismo, se agravan sistemática e indiscriminadamente entre sí, pretendiendo absurdamente que la felonía ajena justifica la propia.

Dicha pretensión -a nuestro modo de ver- constituye una de las depravaciones que -según **Ludwig Klages** y los ya citados **Nietzsche**, **Scheler** y **Castellani**- el resentimiento provoca en la inteligencia humana. Aquélla brinda *cobertura* pseudo legitimadora a la *rueda de odio* en cuestión. Proceso, éste, cuyo desenlace no puede ser sino la disolución social y la ruina de los seres humanos.

VI.- Para finalizar estas breves reflexiones que nos hemos permitido esbozar en torno al *Joker* y con motivo del impacto que tan siniestro personaje ha logrado hacer... Cabe preguntarse: frente al preocupante panorama humano aludido en los párrafos precedentes, ¿qué hacer? Es decir, ¿qué se debe y qué se puede hacer?

Sin ánimo de agotar la respuesta que tal interrogante merece, se me ocurre que la misma debe estructurarse sobre las siguientes bases...

Ante todo, que *Hollywood* no nos llame a engaño: ¡no necesitamos a *Batman* - personaje ambiguo, si los hay- ni a ningún otro supuesto súper-héroe de *comic!*

Pero sí necesitamos (¡y con urgencia!) héroes y heroínas... Hombres y mujeres reales, forjados en la virtud y templados por ella...

Como es sabido, la *virtus* (virtud) se constituye con *vir* (fuerza). Por eso mismo, ella, amén de iluminarnos y equilibrarnos, nos hace fuertes.

Así las cosas, lejos de temerle al mal, debemos estar firmemente dispuestos a combatirlo sin tregua, allí donde aquél se presente... Empezando por el mal metido adentro de nosotros mismos...



(*) ACERCA DEL AUTOR:

Pablo Javier Davoli nació en Rosario, Provincia de Santa Fe, República Argentina; el 11 de Febrero de 1975. Cursó sus estudios primarios y secundarios en el colegio *Nuestra Señora del Rosario* de los Hermanos Maristas. Se recibió de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, de la Pontificia Universidad Católica Argentina, a principios del año 2.000. Ha cursado la

Maestría en Inteligencia Estratégica Nacional de la Universidad Nacional de La Plata y el Doctorado en Derecho de la facultad arriba mencionada. Desde el año 1.995, se ha desempeñado como docente de diversas asignaturas: *Ciencia Política, Formación del Pensamiento Jurídico-Político, Filosofía del Derecho, Derecho Político, Derecho Constitucional, Sociología del Derecho*, etc.; en la facultad arriba nombrada, la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Abierta Interamericana (U.A.I.) y otras casas de estudios. Autor de varios libros, también ha escrito decenas de artículos sobre diferentes temas pertenecientes a las asignaturas *ut supra* aludidas. Materias, éstas, en relación a las cuales también ha dictado gran cantidad de disertaciones y conferencias en distintos ámbitos (universitarios, profesionales, gremiales y políticos). Gran parte de sus artículos y libros, así como algunos de sus vídeos, obran en su *website* personal, de donde pueden ser descargados en forma gratuita (www.pablodavoli.com.ar).

En el mes de Agosto del año 2.011, participó del Encuentro de S. S. Benedicto XVI con los Jóvenes Docentes Universitarios, en El Escorial (Reino de España). Fundó el Instituto de Derecho Político del Colegio de Abogados de Rosario, dirigiéndolo durante varios años. Entre los años 2014 y 2017, participó -junto al Mg. Lucas J. Carena- del programa televisivo *La Brújula*, dedicado al abordaje de diversas cuestiones sociales, culturales y políticas, emitido a través de Internet.

